

Un Día

La Oportunidad que Nunca Llega

Desde la Topología Gaitan

— — — —

Oscar Gaitan

Parte de la Serie de Ensayos de la Zona Fantasma

Abril 2026

Contenido

I. “Un Día”

II. La Manifestación de la Serpiente

III. Las Dos Veladas

IV. La Audiencia que Nunca Llega

V. La Geometría del Arrepentimiento

VI. “No Estaba Destinado a Ser”

VII. La Ilusión Heroica

VIII. Dos Poetas, Dos Testigos — Darío y Machado

IX. Dos Personajes, Dos Geometrías — Forrest y Jenny

X. El Dolor que la Absolución No Borra

Referencias

I. “Un Día”

“Juventud, divino tesoro, ¡ya te vas para no volver! Cuando quiero llorar, no lloro... y a veces lloro sin querer.”

— Rubén Darío

“Un día.” “Pronto, va a pasar, lo sé, lo siento.” “Ya verás.”

Estas no son palabras ociosas. Son la gramática de una vida organizada alrededor de un futuro que nunca se vuelve presente. La persona que dice “un día” no es perezosa. No está soñando en sentido peyorativo. Está *esperando*—y esperar es una postura que mira al futuro mientras el presente pasa deshabitado a sus espaldas.

En la Topología Gaitan, la lemniscata (∞) es la geometría de la presencia. Su punto de cruce es el Ahora—la única ubicación donde la vida es dada, donde la agencia opera, donde el encuentro es posible. La curva pasa por este centro continuamente, ofreciendo el presente en cada momento. Pero la persona que vive en «un día» no ocupa el punto de cruce. Está orientada hacia un futuro que se comporta como una asíntota matemática: siempre acercándose, nunca llegando. El mañana no es un punto en el tiempo. Es un **límite nunca alcanzado**. La persona se aproxima indefinidamente sin llegar. Y los años pasan.

El bucle del “un día” es la quintaesencia de la lemniscata alternativa. Preserva la forma de la esperanza y la estructura de la ambición, pero como su eje es un límite en tiempo futuro en lugar del “Yo soy” en tiempo presente, nunca puede producir el fruto de la acción. El ser no deja de girar cuando abandona el punto de cruce. Comienza a girar alrededor de otra cosa—y en este caso, gira alrededor de un mañana que retrocede con cada aproximación. Es un bucle que se sostiene por el hecho mismo de que nunca llega.

“Un día” es la forma más socialmente aceptable del tiempo futuro de la serpiente. No suena como una tentación. Suena como esperanza. Y eso es lo que lo hace devastador—porque viste la ropa de la virtud mientras realiza el trabajo del

desplazamiento. Lo alentamos. Lo llamamos ambición, paciencia, fe. Pero en la topología, es residencia en el futuro—la conversión de la esperanza de una virtud (que opera en el punto de cruce, confiando en Dios en el presente) en un desplazamiento (que reubica al ser en un mañana que nunca se vuelve hoy).

Y así envejecemos esperando. El “un día” se convierte en “un día, ya verás”—dicho ahora no con anticipación sino con insistencia defensiva. La persona ya no es joven y esperanzada. La persona está envejeciendo y justificándose. El “ya verás” se dirige hacia afuera—a los que dudan, al mundo—pero realmente se dirige hacia adentro: una reafirmación de que el aplazamiento no fue un desperdicio, de que el futuro eventualmente redimirá el presente no vivido. Pero no lo hará. ***Porque el futuro no es un lugar donde la vida es dada. Es un lugar donde la vida es proyectada y nunca recibida.***

* * *

II. La Manifestación de la Serpiente

“Todo esto te daré, si postrado me adorares.”

— Mateo 4:9

La tentación en el desierto es el mapa fundacional del desplazamiento estructural. Cuando la serpiente dice, “Todo esto te daré, si te postras y me adoras,” no está ofreciendo un don. Está ofreciendo un intercambio de coordenadas. Invita a la persona a abandonar el indicativo presente—el “Yo soy” del Padre—por un subjuntivo futuro. Lo que promete es un oasis posicionado geométricamente en el lóbulo futuro, asegurando que el viajero nunca toque realmente el suelo del Ahora.

En el mundo moderno, este intercambio ha sido industrializado. Lo que ahora se llama “manifestación”—la técnica de repetir “Yo soy [estado futuro]” o “Yo seré [resultado deseado]” como una encantación de poder—es la gramática de la serpiente comercializada como espiritualidad. Al practicante se le enseña a habitar el futuro como si ya fuera presente, a sentir el éxito antes de que llegue, a vivir en

el “como si” de una condición aún no realizada. El lenguaje suena como fe pero la estructura es desplazamiento.

Observe la gramática. El divino “Yo soy” es presencia pura—pronunciado en el punto de cruce, sin requerir nada más allá de sí mismo. El “Yo soy” de la manifestación es una proyección vestida de tiempo presente—“Soy rico,” “Soy exitoso,” “Soy poderoso”—pronunciado desde la curva de la serpiente, apuntando a un futuro que retrocede con cada afirmación. Toma prestada la forma del nombre divino y la vacía de su contenido. Es la inversión más precisa de “Yo soy el que soy” imaginable: el nombre de Dios convertido en instrumento de la voluntad.

En matemáticas, la pseudoinversa de Moore-Penrose provee un “mejor ajuste” para un sistema que no tiene solución verdadera. La manifestación opera bajo el mismo principio. Aproxima una solución—la forma de una vida plena—cuando no existe resolución verdadera en la curva de la serpiente. El practicante orbita el resultado deseado como un satélite: moviéndose con inmensa velocidad y esfuerzo, sintiendo el impulso, viendo el oasis claramente. Pero un satélite no tiene punto de cruce propio. Toma prestado el centro de lo que orbita. Y el oasis nunca llega porque el eje es la propia voluntad de la persona en lugar del “Yo soy.” **El éxito de la manifestación es la pseudoinversa de la presencia**—una simulación de mejor ajuste de la vida para un alma que ha abandonado su centro.

La serpiente no necesita entender el alma. Solo necesita apostar a patrones. Reconoce los bucles predecibles del deseo y el orgullo humanos. Apuesta a que si puede atraer a una persona hacia una orientación de “un día,” el puro impulso de su propio anhelo la mantendrá en órbita alrededor de un centro falso. Es un jugador que conoce las probabilidades de la casa de la Zona Fantasma. Y las prácticas contemporáneas de manifestación han sistematizado esta estructura.

Contra el “Yo seré” de la manifestación se alza el “Yo soy” del Evangelio. La manifestación es una encantación—una fórmula usada para doblar la realidad hacia el yo. El Evangelio es un encuentro—un realineamiento que restaura a la persona al punto de cruce. La persona que deja de manifestar no está renunciando a la vida. Está renunciando a la *depredación*—el intento de extraer del futuro lo

que solo puede ser recibido en el presente. Deja de alcanzar la asíntota y cae en la densidad del Ahora—el único lugar donde el “Yo soy” espera para recibirla.

* * *

III. Las Dos Veladas

Considere a dos personas. Misma ciudad. Misma noche. Mismas horas entre la cena y el sueño.

La primera persona trabaja en una oficina de nueve a cinco, o en un turno agotador de fábrica. Llega a casa. Cena. Se toma una o dos cervezas. Se va a la cama. El observador podría decir: esa es una vida pequeña. Ordinaria. Sin ambición. Pero la topología dice algo diferente. Esa persona, en esa cerveza, en esa cena, en ese cansancio ordinario—está en el punto de cruce. No heroicamente. No místicamente. No conscientemente. Pero estructuralmente. La cerveza es tiempo presente. La cena es tiempo presente. El cansancio del cuerpo es tiempo presente. La persona no está proyectando. No está aplazando. No está construyendo un ser alternativo. Está *ahí*. Habitando lo que le es dado. El momento es pequeño, pero es *habitado*. La lemniscata pasa por el centro y la persona, sin saberlo, pasa con ella.

La segunda persona llega a casa, abre la computadora portátil y comienza. Diseños que ningún cliente encargó. Código que ninguna empresa ejecutará. Portafolios que nadie revisará. El observador podría decir: eso es admirable. Disciplinado. Apasionado. Pero la topología dice algo diferente. Esa persona está en la curva de la serpiente. La producción es real—el talento es real, el esfuerzo es real, las horas son reales—pero la producción apunta a un punto de cruce que no está en este camino. Los diseños son para un trabajo que no ha llegado. El código es para una empresa que no ha llamado. El portafolio es para un futuro que retrocede con cada página añadida. La persona no está habitando la noche. Está *usando* la noche como combustible para un “un día” que consume cada “*esta noche*”.

Y aquí está la crueldad: la persona que «no hace nada»—cena, cerveza, cama—está más cerca de la presencia que la persona que produce toda la noche. No porque la pereza sea una virtud. Sino porque la primera persona no tiene un ser futuro que construir. No es fiel a la geometría equivocada. No es fiel a ninguna geometría—y en esa ausencia de ambición, accidentalmente habita el presente. La cerveza no está diferida. Es *bebida*. El cansancio no está pospuesto. Es *sentido*. La noche no está invertida. Es *vivida*.

La persona en la computadora está haciendo algo mucho más esforzado y mucho menos presente. Cada diseño es una ofrenda al futuro. Cada línea de código es una oración al “un día.” Y porque la producción ***se siente como vida***—porque el cursor se mueve, porque la pantalla brilla, porque algo se está haciendo—la persona no nota que no ha estado en casa en toda la noche. Su cuerpo está en la silla. Su ser está en el futuro. El punto de cruce pasó hace horas. No lo notó porque la curva de la serpiente estaba en movimiento.

Y la contradicción: la primera persona—la de la cerveza—mira su vida y dice: «Otro día. Igual que todos.» Siente que su vida es demasiado simple. Inútil. Sin importancia. No ve grandeza en ella. Y sin embargo está presente. La segunda persona—la de la computadora—mira a la primera con lástima silenciosa. «Yo no soy como ellos. Estoy construyendo algo. Tengo potencial.» Y sin embargo está en la curva de la serpiente. **El que parece estar desperdiciando su vida la está viviendo. El que parece estar construyendo su vida la está aplazando.**

* * *

IV. La Audiencia que Nunca Llega

La persona en la computadora no está diseñando para una empresa. Nunca lo estuvo.

La Zona Fantasma, como argumenté en *La Topología de la Presencia*, tiene una raíz, y la raíz es la ausencia—la ausencia de presencia durante los años formativos

de la vida de una persona. Un padre que estaba en la habitación pero no *ahí*. Un padre que fue asesinado, o que murió joven, o que se fue a otro país. Una madre que nunca regresó. Porque nadie estaba presente en el punto de cruce, el niño nunca aprendió que el centro existe. Y porque el niño nunca experimentó el “Yo soy” modelado por otro ser humano, el propio “Yo” del niño nunca fue plenamente consolidado.

Lo que el niño construye en cambio es una arquitectura compensatoria—un universo interior paralelo en el que una vida alternativa puede ser habitada. Un escenario. Y cada diseño, cada línea de código, cada trasnoche de producción está dirigido—inconsciente, silenciosa, estructuralmente—a la persona que se fue. *Mira, papá, lo que he hecho. Mira, mamá, en lo que me convertí.* El “un día” no es “un día conseguiré el trabajo.” El “un día” es **“un día me verán.”** Y ellos no son empleadores. Ellos son los que debían estar en el punto de cruce y no estuvieron.

La lemniscata alternativa—la topología paralela que el niño construyó como arquitectura compensatoria—nunca fue sobre carrera o talento o ambición. Fue un escenario construido para una audiencia de uno que nunca apareció. El niño construye y construye y construye, y la construcción se siente como propósito, y el propósito se siente como vida, pero la construcción es un ensayo para un encuentro que no puede suceder en la forma que el niño imaginó. El padre se fue. La madre se fue. El asiento de la audiencia está vacío. Y la persona sigue diseñando, codificando, produciendo—porque detenerse sería admitir que el asiento permanecerá vacío. Que la oportunidad nunca fue profesional. Fue *filial*. La herida nunca fue sobre el mercado. Fue sobre la mesa donde alguien faltaba.

* * *

V. La Geometría del Arrepentimiento

Llevamos dentro lo que puede llamarse coordenadas de arrepentimiento—momentos específicos donde una vida diferente pareció posible, donde una puerta estaba abierta y no fue cruzada. Estos momentos no se experimentan como pasado

terminado. Permanecen como puntos activos de partida. Desde ellos, la mente proyecta trayectorias alternativas—vidas que pudieron haberse desplegado pero nunca cruzaron al presente.

No simplemente recordamos estos caminos. Los *habitamos*. La energía se dirige hacia versiones de nosotros mismos que ya no existen como posibilidades. El “un día” se convierte en un intento de regresar—de volver a un camino que ya fue dejado atrás. Pero la estructura del tiempo no lo permite. La curva se ha movido. La puerta ya no se aproxima.

No todas las oportunidades perdidas son iguales. Algunas pertenecen al ritmo diario de la vida—hábitos diferidos, palabras no dichas, pequeños comienzos pospuestos. Estas regresan. La curva pasa cerca de ellas otra vez. Su arrepentimiento permanece elástico.

Otras no regresan. Pertenecen a una temporada específica—decisiones ligadas a la edad, relaciones atadas al tiempo, caminos que existían solo en un cruce particular. Una vez que la curva avanza, estas coordenadas se vuelven inalcanzables. No están retrasadas. Son pasado.

El arrepentimiento, en este sentido, no es meramente emocional. Es el reconocimiento de la distancia desde un punto que ya no puede ser entrado.

Y la persona que continúa construyendo hacia “un día” a menudo no está mirando al futuro en absoluto. Está orientada hacia una de estas coordenadas fijas—intentando, a través del esfuerzo, reabrir una puerta que ya no existe en la dirección en la que se mueve.

* * *

VI. “No Estaba Destinado a Ser”

Una respuesta común a la pérdida es la frase: “No estaba destinado a ser.” Parece reconfortante, pero lleva una distorsión silenciosa.

Primero, disuelve la realidad de la pérdida. Si nunca estaba destinado a ser, entonces nada se perdió verdaderamente. Pero la persona que sufre sabe que esto no es cierto. La oportunidad existió. La relación existió. La puerta que se cerró era real. Negar esto no es sanar—es evadir.

Segundo, evita el trabajo que la redención requiere. La tradición cristiana no afirma que lo perdido nunca fue real. Afirma que lo perdido puede ser redimido. Pero la redención requiere que algo genuinamente murió. No se puede saltar la pérdida y aún hablar de restauración.

El “pudo haber sido” tenía peso real. Existió como una posibilidad genuina en el punto de cruce. Dio forma al camino que siguió. Su ausencia no se borra con explicaciones.

La pérdida fue real. La redención también es real. No son lo mismo.

★ ★ ★

VII. La Ilusión Heroica

La Ilusión Heroica no es simplemente ambición. Es la completación interna de una vida que aún no ha sido vivida.

La persona no espera pasivamente. Construye. Imagina éxito, reconocimiento, coherencia, llegada. Estas no son fantasías vagas—son estructuradas, detalladas, internamente consistentes. En este sentido, la ilusión no es debilidad. Es precisión aplicada en la dirección equivocada.

Porque la experiencia de la llegada ya ha sido generada internamente, el momento externo pierde su necesidad. La persona ya no depende de la realidad para confirmar el significado. Ya ha sido resuelto.

Esto es lo que hace difícil interrumpir la estructura. La ilusión no se siente falsa. Se siente completa. Pero lo que provee no es contacto. Es clausura sin encuentro.

Y porque nada externo es requerido, nada externo puede ocurrir plenamente. El momento es aproximado, moldeado, anticipado—pero no entrado.

La vida parece orientada hacia arriba—hacia el éxito, hacia el reconocimiento, hacia la plenitud. Pero el movimiento no alcanza su objeto. Se estabiliza en la anticipación.

Esta es la forma heroica de la misma estructura: aproximación sin llegada.

* * *

VIII. Dos Poetas, Dos Testigos

“Caminante, no hay camino. Se hace camino al andar.”

— Antonio Machado

Darío es la voz de la persona que aplazó y ahora lamenta. “¡Juventud, divino tesoro, ya te vas para no volver!” Está mirando hacia atrás desde el final de la curva de la serpiente y viendo lo que pasó deshabitado. Cada “un día” consumió un hoy, y ahora los hoy se acabaron. Y los versos más devastadores son los últimos dos: “Cuando quiero llorar, no lloro... y a veces lloro sin querer.” Esa es la firma de la Zona Fantasma: la desconexión entre voluntad y experiencia. La persona no puede producir presencia cuando la elige y no puede evitar la presencia cuando llega sin ser invitada. La presencia se ha vuelto involuntaria—algo que le sucede *a* la persona en lugar de algo que la persona *habita*. Darío es tiempo pasado. Elegía.

Machado es lo opuesto—no el lamento sino la instrucción. “Caminante, no hay camino. Se hace camino al andar.” Esta es la topología de la presencia dicha como poesía. El camino no preexiste. No hay un “un día” esperando adelante. No hay camino al cual llegar. El camino se hace *al andar*—en tiempo presente, en el punto de cruce, paso a paso. El camino es la huella dejada por presentes habitados.

Y la imagen final—“solo estelas en la mar”—es la línea más topológica de toda la poesía española. La estela existe solo porque el barco se mueve *ahora*. No tiene permanencia. No puede ser recorrida otra vez. Es la huella visible de una presencia que ya pasó. La persona que espera el “un día” no tiene estela—porque nunca se movió por el agua. Se quedó en el muelle, mirando el horizonte, esperando a que el mar viniera a ella.

Darío lamenta lo que fue perdido. Machado nombra lo que siempre estuvo disponible. Uno mira hacia atrás y llora. El otro mira hacia abajo y camina.

* * *

IX. Dos Personajes, Dos Geometrías

*“Y luego en el desierto, cuando sale el sol, no podía distinguir
dónde terminaba el cielo y dónde empezaba la tierra. Es tan
hermoso.”*

— Forrest Gump

Antes de recurrir al cine, recuerde la forma de la lemniscata: una curva en forma de ocho cuyo punto de cruce es el Ahora. Cada lóbulo representa desplazamiento temporal—pasado y futuro—mientras el centro es la única coordenada de presencia. Vivir en el cruce es habitar el “Yo soy”; orbitar cualquier lóbulo es diferir la vida en memoria o proyección.

Forrest Gump ofrece una representación inusualmente clara de cómo se ve la presencia cuando no está mediada por la proyección o el aplazamiento. Forrest siempre está presente. Siempre es “Yo soy.” No proyecta. No aplaza. No construye

un ser alternativo. Corre, y el correr no es hacia algo—es simplemente correr, tiempo presente, habitado. Se sienta, y el sentarse es completo. Ama a Jenny, y el amor no es condicional, no es futuro, no es mimético. Es *dado*. Está en el punto de cruce durante toda la película.

Y cuando las circunstancias son difíciles—Vietnam, el desierto, la soledad—permanece en el centro. Está en Vietnam, y lo que ve es el pantano. Está en el desierto, agotado, corriendo sin destino, y lo que ve es el cielo encontrándose con la tierra. “No podía distinguir dónde terminaba el cielo y dónde empezaba la tierra. Es tan hermoso.” Ve dos cielos, uno encima del otro. Un millón de destellos en el agua. No está romanizando. Está *reportando*. Le está contando a Jenny cómo se ve el punto de cruce desde adentro. Y la respuesta es: se ve como belleza. No porque las circunstancias sean hermosas—Vietnam no es hermoso, el desierto no es cómodo, la soledad no es fácil—sino porque la persona *en el centro* ve con profundidad. Su vista no es plana. Tiene dimensión vertical. Ve el cielo y la tierra encontrándose. Ve el lugar donde las cosas convergen—que es exactamente lo que es el punto de cruce.

Jenny está en la curva de la serpiente durante toda la película. Huye *del* punto de cruce—de Forrest, de la presencia, del lugar donde era conocida y amada. Persigue cada “seréis”: la carrera de cantante de folk, el movimiento de protesta, las drogas, los hombres, la ciudad, lo siguiente y lo siguiente. Cada movimiento es un intento de convertirse en alguien distinto a la chica de Greenbow. Cada movimiento está dirigido, inconscientemente, a un padre que la abusó—una ausencia de otro tipo, una presencia que fue veneno en lugar de don. Construye una lemniscata alternativa y la llama libertad.

Pero Jenny no está meramente derivando. Está *orbitando*. Cada movimiento al que se une se convierte en su centro—la escena de cantante, la protesta antibeliça, la comuna, la cocaína. No siente que esté perdiéndose. Siente que se está uniendo a algo más grande. La atracción gravitacional se siente como solidaridad, como propósito, como finalmente ser parte de algo que importa. Pero un satélite no tiene punto de cruce propio. Toma prestado el centro de lo que orbita. Y cuando ese

centro cambia—cuando el movimiento se fractura, cuando la relación termina, cuando el grupo se redefine—el satélite no tiene a dónde regresar. No vuelve a su propio eje. Simplemente sigue la siguiente órbita, o se lanza al vacío.

Esta es toda la biografía de Jenny. No un desplazamiento sino **una secuencia de desplazamientos**—cada uno experimentado como llegada, cada uno terminando en colapso, cada colapso seguido no por un retorno al centro sino por apego a la siguiente órbita disponible. La carrera de cantante se rompe. Orbita el movimiento de protesta. El movimiento de protesta se rompe. Orbita a los hombres. Los hombres se rompen. Orbita las drogas. Y algunas de estas no son necesariamente malas en sí—los movimientos, una relación saludable, las comunidades pueden ser bienes genuinos cuando se abordan desde el *centro*. Pero Jenny nunca los aborda desde el centro. Los aborda **como** el centro—como sustitutos del eje que nunca tuvo, como reemplazos del punto de cruce que el abuso de su padre hizo inhabitable. Cuando cada órbita se rompe, no hay un ser al cual volver, porque el ser nunca fue consolidado. Solo hay la siguiente órbita. Hasta que no hay más órbitas. Y la persona está sola. Y las únicas palabras que quedan son en condicional pasado.

Forrest ve dos cielos desde el desierto. Jenny no ve ningún cielo desde la ciudad. La presencia no se trata de dónde estás. Se trata de **si estás ahí**.

Y en su lecho de muerte: ***“Ojalá hubiera podido estar ahí contigo.”***

Tiempo presente colapsado en condicional pasado. ***Hubiera podido***. El tiempo verbal más doloroso en cualquier idioma. No “Yo seré”—la promesa de la serpiente, aún operativa. No “Yo soy”—el nombre divino, finalmente disponible. Sino “Yo *hubiera podido*”—el reconocimiento, demasiado tarde, de que el punto de cruce siempre estuvo allí, de que ella pasó su vida en una curva que nunca cruzó.

* * *

X. El Dolor que la Absolución No Borra

Lo que no logré.

El tiempo que desaproveché.

La oportunidad de vivir.

Nos arrepentimos. Verdaderamente, con fe, creemos que Dios nos absuelve. El centro es restaurado. El “Yo” es devuelto al punto de cruce. La topología se sostiene. La gracia es real.

Pero los presentes deshabitados no regresan.

Las noches frente a la computadora, los años en la curva de la serpiente, las décadas de “un día”—no son devueltos. Son perdonados pero no recuperados. El punto de cruce fue ofrecido en cada momento de cada día, y fue declinado—no por malicia sino por aplazamiento, no por rebelión sino por ausencia. Y al final, la persona está en el punto de cruce por primera vez y ve, claramente, cuántas veces pudo haber estado allí antes.

Este es el dolor que la absolución no borra. No la culpa—la culpa es absuelta. No el pecado—el pecado es perdonado, la misericordia de Dios es Infinita. Sino el *tiempo*. El tiempo que pasó mientras la persona estaba en otro lugar. Los presentes que fueron ofrecidos y nunca entrados. La capacidad de haber estado *allí*—verdaderamente allí, en el centro, en la presencia de Dios—y el reconocimiento de que estuvo disponible todo el tiempo.

Jenny en su lecho de muerte. Darío al final del poema.

La persona que finalmente cierra la computadora y mira la habitación vacía y comprende, en un solo momento de claridad, que la audiencia nunca iba a venir, que la oportunidad nunca fue el trabajo, que el “un día” era el nombre que le dieron al punto de cruce que nunca ocuparon.

Esa persona no ha terminado. Esa persona está *comenzando*. No comenzando la carrera. No comenzando el plan. Comenzando *presencia*. Por primera vez, o por

primera vez en décadas, ocupando el punto de cruce—donde el “Yo soy” es dado, donde el ser es recibido en lugar de construido, ***donde la noche no es combustible para el mañana sino el lugar donde la vida realmente ocurre.***

Machado tenía razón. No hay camino. Se hace camino al andar.

No esperando. No diseñando. No con “un día.”

Caminando. Tiempo presente. *Ahora*. El único momento que es completo en sí mismo—no esperando, no deviniendo, sino recogido, indiviso, vivo.

Yo soy—porque me fue dado.



Oscar Gaitan

Los Ángeles, 08 de abril de 2026

Parte de la Serie de Ensayos de la Zona Fantasma

Referencias

Aristóteles. Metafísica. Traducción de W. D. Ross.

Heidegger, Martin. Ser y Tiempo. Traducción de John Macquarrie y Edward Robinson.

La Santa Biblia. Nueva Versión Estándar Revisada.

Darío, Rubén. Prosas profanas y otros poemas.

Machado, Antonio. Campos de Castilla.

Moore, E. H. "On the Reciprocal of the General Algebraic Matrix." Bulletin of the American Mathematical Society, 1920.

Penrose, Roger. "A Generalized Inverse for Matrices." Proceedings of the Cambridge Philosophical Society, 1955.

Zemeckis, Robert, director. Forrest Gump. Paramount Pictures, 1994.